

PAGINA SUELTA

Por CARLOS LARRAZABAL BLANCO

La primera gestión de Núñez de Cáceres en Venezuela

El doctor José Núñez de Cáceres llegó a Venezuela el 22 de abril de 1823. El equipaje moral que traía a costas era grande: su fracaso al intentar la transformación de Santo Domingo en un estado libre de la soberanía española. Todo fracaso trae manifiesta congoja del ánimo y estado angustioso, y así vemos a este singular y discutido dominicano llegar a La Guaira, porque no era para menos: la ayuda que pidió a Bolívar descartada, la patria en manos de los haitianos. ¿Imprevisión? ¿Falta de tacto político? ¿Animosidad contra los gobernantes metropolitanos? ¿Ideal puro y desinteresado traído a destiempo?... Quizás si Núñez de Cáceres no sería sino el fatal, ciego e inconsciente conductor de un desdichado destino que indefectiblemente había de cumplirse alguna vez y otra vez.

En ese año de 1823 existía la Gran Colombia, de precaria vida, el más grandioso sueño o fantasía de Bolívar después de la independencia misma. Era intendente de Venezuela el general Carlos Soubllette y a él hubo de dirigir su primera gestión Núñez de Cáceres:

“Al Exmo. Sor. Carlos Soubllette, General de división e Intendente del Departamento de Venezuela, en Caracas.
“Exmo. Sor.

Las circunstancias políticas de mi suelo patrio, me han obligado por último a abandonarlo, y buscar asilo en el de Colombia, que espero no me lo negará, por escasos que sean los méritos que presentar para ser asociado a la suerte del primer pueblo de América. Ayer a las doce del día surgí en este Puerto con toda mi familia, libre de todo accidente de mar y de enemigos: el Capn. que me condujo será el dador de esta, pues me avisa en el momento que sale pa. esa ciudad a las tres de la tarde, y V. E. disimulará que le anticipe un aviso que bajo ningún aspecto debe parecer importante. Yo no debo permanecer aquí por mas tiempo que el mui preciso a proporcionar arrias pa despachar

mi equipaje por delante, y seguir sin demora a esa capital confiado en la generosidad con q. V. E. acoge bajo de sombra a todos los amantes de la independencia de Colombia. Dios gue. a V. E. muchos años. Guayra y Abril 23 de 1823.

Tengo el honor de saludar a V. E. con todo respeto y consideracion, como el mas atento serv.or de V. E.

José Nuñez de Caceres”

El general Soubllette, leída esta carta, dictó su respuesta la que anotó el secretario al margen de la misma misiva de Núñez:

“Contestesele q. celebro mucho su llegada y que le aseguro q. en el territorio de la República encontrará acogida y seguridad y la protección q. ntas. leyes dispensan a todos los q. entran bajo su influjo.— Que cuando le vea tendré el gusto de expresarle a la voz los sentimientos con que soy su affmo.”

A primera vista la supraescrita carta del doctor Núñez de Cáceres no deja ver nada acerca de sus íntimos sentimientos por la suerte de la dolorida patria abandonada. La carta, en verdad, es formal: petición de asilo a la persona que puede darlo. Pero si bien se mira en la primera cláusula introductoria se lee un “por último” que quizás no tenga desperdicio. ¿Por qué se vió obligado Núñez al abandono de su país “por último”? ¿Por qué no desde un principio? Un año para el arreglo de sus asuntos personales, que no serían muchos, es lapso muy largo. Pensamos que adrede quedaría en su tierra en espera de algo, y en ese caso no la querría abandonar. Quizás esperó en vano la reacción de la Metrópoli, para empeñar la lucha con ella o para volver a su regazo a cambio de Haífi; quizás pensó en una reacción del pueblo, o también todavía vinculaba sus esperanzas en la Gran Colombia. Pero, al fin llegó la hora de la total desilusión y partió del “patrio suelo” para siempre.



El fracaso, cuando se trata de la quiebra total de un gran ideal, de una actuación noble, no solo duele al que lo experimenta sino también a la persona que lo contempla en toda su magnitud. Entonces los fracasados, a lo Miranda, a lo San Martín, suelen aparecer con cierto nimbo de grandeza, y en cierto sentido los admiramos de todo corazón. Para nosotros Duarte, el dios mayor de nuestro Olimpo patrio, es más grande y más admirable por la fuerza de su fracaso personal: su actuación se quebró, pero el espíritu quedó incólume. En el movimiento libertador de 1821, sea disparatado o no lo sea, contemplamos a Núñez de Cáceres atormentado por su fracaso, el de la idea y el de la gestión personal, y su dolor lo hacemos nuestro, el insigne dominicano se levanta y comprendemos cuánto es digno de respeto en esos momentos de su vida pública. Quizás si este sentimiento nuestro no sea sino piedad.

A todas luces el doctor Núñez tenía mala estrella, un mal sino lo perseguía en su vida política. Lo que más amaba o admiraba, él mismo se encargaba de destruirlo. Quiso la libertad de su patria y el resultado práctico e inmediato de tan noble empeño fue la invasión haitiana. Pidió asociarse "a la suerte del primer pueblo de América", el de la Gran Colombia, y más tarde, ya en la lucha política venezolana, se va del lado de los que quieren la desintegración de esa nacionalidad que de seguro admiraba desde los días de su fundación y a la cual pensó asociar su propia patria; de las leyes de esa República que acogían, aseguraban y protegían a todos los que entraban bajo su influjo, como dijo Soublette, violó Núñez precisamente la que le daba forma y fundamento, la constitucional.

Pero el sino, el destino, lo camina el hombre por la vía que le traza su propio carácter, su coeficiente de espiritualidad, su especial psicología. Núñez de Cáceres no tenía madera de soñador, ni de héroe, ni de mártir y mejor fue hombre dotado para las cosas de la mente que para lo puramente sentimental. Así nunca tuvo fuerza de gran idealista, pues si tenía suficiente intelecto le faltaba la elevación espiritual necesaria a que se llega por los caminos del sentimiento. Fue a no dudarlo docto abogado, sabio conocedor de la teoría del Derecho, sutil manejador de la práctica de su profesión, pero, según parece, prefería la cosa pública, amó con predilección la política, y desdichadamente un espíritu político, las más de las veces, se da todo entero y consolida en un espíritu vulgar. Por algo las Musas nunca aceptaron su comercio. Su temperamento fue un poco enrevesado: algo violento, a las veces bilioso, siempre apasionado y un tanto orgulloso y soberbio. Estos defectos lo llevarían a más de un error, a más de una incompreensión, y a que muchos le atribuyeran, quizás injustamente, este circuito de actuaciones pasionales: inquina contra el gobierno español, el hecho de la "Independencia efímera"; inquina contra Bolívar el hecho de ser partidario de la disgregación de la Gran Colombia; e inquina contra el Libertador el hecho de no haberse logrado la incorporación de Santo Domingo a la Gran Colombia. Pero de todas estas cosas sólo sale cierto que parece nunca sopesó debidamente las consecuencias de la independencia de su patria en los momentos que quiso efectuarla, dígame lo que se dijera, y que nunca supo comprender la grandeza de Bolívar. No tuvo, pues, la grandeza de que habla Carlyle: la de comprender cuando un hombre es más grande que uno.

Caracas, enero de 1954.

